

# Presencia de Aricó en América Latina

**L**a revista peruana *Socialismo y Participación* en su número 56 publicó diversos testimonios en homenaje a José María Aricó.

Se transcriben los pertenecientes a los autores peruanos Alberto Adrianzén M., Sinesio López J., Carlos Franco y una carta del propio José Aricó a Sinesio López.

## ■ Era uno de los nuestros, por Alberto Adrianzén M.

Cuando Carlos Franco me pidió un artículo sobre Pancho Aricó, lo primero que pensé fue redactar uno en el que expusiera sus aportes teóricos y políticos a la izquierda peruana. Sin embargo, a los pocos días me di cuenta que ese no era el mejor camino. Con ello, no quiero decir que sus aportes sean pocos. Todo lo contrario. Sus ideas, como un día me dijo Eduardo Cáceres, fueron el mejor y mayor contrapeso a todo ese marxismo adocenado y doctrinarista que la editorial Progreso y el entonces PCUS intentó transmitir a la izquierda peruana durante años. Su impacto, en ese sentido y en otros, fue enorme y duradero.

Sin embargo, una opinión así dejaba de lado algo que considero sustancial en Pancho Aricó: su cercanía no sólo intelectual sino también afectiva y humana con el socialismo peruano y con el Perú. Esa cercanía estuvo fuertemente marcada por sus estudios de lo que era el socialismo en nuestro país, así como de su fundador y figura principal: José Carlos Mariátegui. Para Aricó el Amauta era una especie de *rara avis* que "en una etapa difícil y de cristalización dogmática de la historia del movimiento obrero y socialista mundial" se esforzó "por establecer una relación inédita y original con la realidad". Por eso, Mariátegui, fue la figura más descollante que tuvo el socialismo en América Latina y, por lo tanto, la más universal. Lo curioso es que la universalidad de Mariátegui, como el propio Aricó lo señala, estaba deter-

ESTUDIOS • Nº 5  
Julio 1995

Centro de Estudios Avanzados de la  
Universidad Nacional de Córdoba

minada por el carácter fundacional y, sobre todo, nacional de su actividad teórico-práctica.

Pero hay algo más. Su cercanía al Perú, pienso ahora, iba más allá de sus estudios sobre Mariátegui o Haya de la Torre. Como un día lo dijo en un seminario organizado por DESCO el año pasado: "El Perú es una suerte de isla Galápagos, donde todo es posible y donde todo está en construcción. Si en Argentina discutimos sobre el poder obrero, la cogestión o la autogestión, aquí todo ello no es, como en mi país, una discusión teórica; aquí, en el Perú, eso existe o ha sido posible alguna vez. Por eso, los peruanos se plantean problemas que en la Argentina serían impensables. Ojalá que esa riqueza que contiene la realidad de aquí fuese posible allá en mi país".

Por eso creo que para Pancho Aricó el Perú no se agotaba en Mariátegui ni en Haya. Era también, un inmenso laboratorio natural y social, si cabe el término, donde era posible pensar, continuar y construir una tradición socialista. Pancho se diferenciaba, en ese sentido, de otros intelectuales que cuando observan nuestra realidad, algunas veces, se encogen de hombros, nos dan una palmada en la espalda y dicen: qué pena o qué tragedia. El, como se dice aquí, se compraba el pleito. Por ello, siempre pensé que era uno de los nuestros. Aricó, además de intelectual erudito, era también un militante socialista y, por lo tanto, un compañero, un camarada, un amigo, a quien muchas veces, debido a la diferencia de edad, como sabe muy bien Félix Jiménez, uno le podía contar sin el menor reparo sus dudas y, por qué no, sus esperanzas. Acaso un código no escrito hacía posible esa comunicación. Pero un código que suponía no sólo una regla sino también una forma de vivir, de afrontar la vida.

Ahora que escribo sobre el amigo que se fue y que no estará más, me viene a la memoria otro amigo que conocí en México a finales de la década de 1970. Me refiero a Alejandro Chelén, fundador del Partido Socialista chileno. Don Alejandro, como lo llamábamos, era un viejo militante socialista y amante de los libros, como Pancho. Compraba tantos que solía introducirlos a escondidas en su departamento para que su esposa no se enojara. Ambos no pensaban igual, seguramente, en política contingente. Don Alejandro provenía de la tradición trotskista y Pancho de la comunista. Pero había algo, ahora pienso, que los hacía iguales. Era esa pasión por el socialismo, por la democracia y la cultura. Ambos invitaban con sus palabras y con sus acciones a una tolerancia que, como ha dicho Beatriz Sarlo al recordar a Pancho Aricó, no es sinónimo de indiferencia radicalizada sino más bien producto de una coexistencia conflictiva y difícil de lo diferente.

Don Alejandro y Pancho eran también una invitación a vivir dignamente y de acuerdo a las ideas que se predicaban o postulan. Don Alejandro pese a su avanzada edad y prestigio ganado en muchos años, vivía de corregir libros del FCE en México. No quería recibir dinero de lo que él llamaba el exilio dorado del que algunos chilenos vivieron. Pancho llevaba una vida similar: profesor en FLACSO y ligado a la editorial Siglo XXI.

Cuando regresó a su país, luego de la dictadura, a Pancho no le fue bien. Acusado de reformista y/o socialdemócrata, encontró poco apoyo de la comunidad académica. Fueron unas becas del gobierno y el apoyo solidario, entre otros, de Fernando Calderón y Mario dos Santos, de FLACSO, que lo ayudaron, en parte, a volver a vivir en su país. Sin embargo, fue capaz jun-

to con otros, con su gran amigo Juan Carlos Portantiero, de fundar la revista *Ciudad Futura*, que evocaba a Antonio Gramsci, y el Club Socialista, como un intento por crear y expandir una cultura socialista. Porque para Pancho Aricó el socialismo era una tarea cultural, de civilización. Una actividad crítico-práctica capaz de superar al propio capitalismo al mismo tiempo que dar nacimiento a una nueva tradición socialista original; es decir, refundar el marxismo revolucionario. Ejercicio que para algunos, siguiendo una nueva moda, es algo inútil.

Por eso su trayectoria fue polémica y su vida, como la de todo revolucionario, azarosa. Es posible aplicarle a Pancho Aricó las mismas palabras que él mismo escribió sobre Mariátegui: "... extrajo su inspiración renovadora precisamente de la parte más avanzada y moderna de la cultura burguesa contemporánea" que era, justamente, donde otros marxistas "pretendieron rastrear sus vacilaciones frente a las 'ideologías del enemigo de clase'...". Por eso también para muchos izquierdistas, su visión del marxismo y del socialismo "era teóricamente inconcebible y políticamente peligrosa". Hay, pues, en Pancho Aricó mucho de lo que Beatriz Sarlo ha llamado "la reafirmación de la figura dramática del intelectual socialista". Y ello me parece acertado. Muchas veces las revoluciones son hechos dramáticos y trágicos, puesto que plantean problemas que no pueden resolver. Los revolucionarios, en ese contexto, no son otra cosa que individuos que se adelantan a su época, lo cual configura a un ser dramático pero al mismo tiempo romántico. Aricó era uno de ellos.

Cuando lo reencontré en 1990 en Buenos Aires, me dijo que había leído mi artículo sobre Alberto Flores Galindo. Y luego me comentó lo siguiente: "qué curioso, tú citas unas frases de Sartre del libro *Historia de una amistad*. Ese libro lo editamos nosotros aquí en Buenos Aires. Fíjate cómo más allá de las distancias y del tiempo, hay personas que se pueden conocer. Que forman parte, muchas veces sin saberlo, de una generación". Y no se equivocaba. Pancho era parte de una nueva generación, que él mismo buscaba formar contra viento y marea y a la que perteneció, por ejemplo, Alberto Flores Galindo, otro gran ausente. Generación a la que pertenecemos, muchas veces sin saberlo, y que apostó, desde muy temprana edad, por el socialismo.

Lo vi por última vez en Buenos Aires, dos días antes de que cumpliera sesenta años. Un mes antes de su muerte. Hablamos muchas horas. Tenía muchas ganas de vivir. Me mencionó su decepción por una izquierda argentina que se arranchaba, cuándo no, los puestos para las próximas elecciones. Acordamos intercambiar libros y cartas. Al final nos despedimos como siempre: con un fuerte abrazo, como quien ratifica una amistad. Ahora sé que cuando regrese a Buenos Aires, esa charla, ese abrazo no se volverán a repetir. Sé también que ya no estará el amigo de tantos peruanos, pero sobre todo el maestro. El hombre a quien solíamos escuchar, leer y, algunas veces, sin que se den cuenta los amigos, imitar. Ahora sabemos que quienes seguimos apostando por el socialismo estamos más solos que antes. Y ello pone triste a cualquiera.\*

\* Las citas de Aricó pertenecen a su introducción al libro: *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano*. Cuadernos Pasado y Presente. México, 1978.

■ **Pancho Aricó,**  
por Sinesio López J.

Antes de 1978, sabía de su existencia por la colección *Pasado y Presente* y por la edición pulcra de algunas obras fundamentales de Marx. Mediante esas publicaciones, Aricó fue una especie de oculto guía espiritual de los jóvenes izquierdistas de mi generación en la década de 1960 y de varias generaciones socialistas de América Latina. Esa ha sido la forma más común de relación del más destacado marxólogo latinoamericano con sus lectores. Es una lástima que no todos ellos sintieran el calor humano de su presencia, disfrutaran sus eruditas disertaciones de heterodoxo apasionado, se deleitaran con sus amenas y agudas conversaciones y conocieran los perfiles claros de su rostro de niño travieso. El conocimiento directo y personal de Pancho Aricó hubiera ayudado a muchos a prevenir la crisis del comunismo y del marxismo y quizás a producirla en los términos que a él y a un buen número de socialistas nos hubiera gustado.

Su presencia en las tres ocasiones que nos visitó produjo una pequeña revolución política e intelectual. Deslumbró en la Universidad Católica con su erudición, oxigenó el cerrado ambiente político de la izquierda, abrió de par en par las puertas a la heterodoxia, divulgó problemáticas intelectuales y enfoques innovadores y se mostró peruanista a través del conocimiento profundo de Mariátegui. En 1978, un grupo de profesores del postgrado de sociología de la Universidad Católica, del que quien esto escribe era a la sazón coordinador, buscábamos consolidar el conocimiento de Gramsci y estimular la reflexión política dentro de un marxismo abierto y nos echamos a buscar al intelectual latinoamericano adecuado para estos fines. Siguiendo los consejos de Julio Cotler, invité a Pancho Aricó a dictar un ciclo de conferencias sobre Marx y el marxismo. Una vez en el Perú, Pancho sugirió dictar un pequeño curso sobre Mariátegui y postergar las exposiciones sobre el marxismo para otra ocasión. Sus charlas mariateguianas dejaron huellas profundas y, sobre todo, dieron origen a productos valiosos. El más brillante de todos fue, sin duda, *La agonía de Mariátegui* de Alberto Flores Galindo con quien entabló una sólida amistad.

Pancho Aricó era un intelectual brillante y un político apasionado. Era un fervoroso creyente en la utopía socialista, pero discrepaba abiertamente de la forma como ella se había construido en los países comunistas. Jamás ocultó su simpatía por los dirigentes comunistas que, en el proceso de construcción del socialismo, libraron duras batallas que muchas veces les costó la vida para darle un rostro humano y democrático. En los días que estuvo entre nosotros tuve la impresión que se había impuesto la misión de combatir al marxismo-leninismo para abrirle camino al socialismo democrático y que Mariátegui y Gramsci y las difíciles relaciones de ambos con la III Internacional eran un buen pretexto para librar ese combate. El desmoronamiento del comunismo diez años después han confirmado las previsoras charlas de Aricó. En forma provocadora sostenía que el marxista-leninista y el ortodoxo en la izquierda peruana de la década de 1920 era Víctor Haya de la Torre y no José Car-

los Mariátegui.

Su erudición iba más allá del marxismo para explayarse en las ciencias sociales, la literatura, el arte, etc. Gustaba repetir la frase de Terencio: *Homo sum et nihil humanum a me alienum puto.*\* En una larga tertulia de sobremesa en una de sus visitas al Perú, los asistentes pudimos disfrutar de un intercambio erudito de ideas, de comentarios agudos, de exquisitas observaciones intelectuales, en fin, de un memorable y amigable ping pong intelectual sobre Freud y Mariátegui entre Pancho Aricó y Gustavo Gutiérrez. Ellos no se conocían personalmente sino sólo por intermedio de sus respectivas obras. No creo equivocarme si digo que la mutua simpatía entre estos dos grandes intelectuales latinoamericanos, pese a las distancias y diferencias –materialista el uno, espiritualista el otro, autodidacta el primero, universitario el segundo– se mantuvo incólume desde entonces.

Sus conferencias sobre el marxismo fueron también memorables. Fueron estructuradas, secuenciales, orgánicas. En la Universidad de Sinaloa de Méjico había dictado algo parecido. La desgrabación de esas eruditas charlas dieron origen a tres gruesos tomos que Aricó nunca tuvo tiempo de corregir y publicar. Esa era su forma de producir un libro. Primero, la conferencia amena y erudita; luego la desgrabación, para pasar finalmente a la corrección cuidadosa, a la maduración y al libro. Cuando era invitado a algún congreso, nunca llevaba la ponencia escrita. Ella era el resultado de la exposición en el mismo congreso. Sus reflexiones sobre Marx, Lenin, los marxistas rusos, Luxemburgo, Gramsci, etc., nunca fueron exegeticas sino más bien críticas. Y no se limitaba sólo a la exposición de las ideas sino que hacía al mismo tiempo sociología del conocimiento. Era notoria su simpatía por los intelectuales o por los políticos que, pese a tener razón, habían perdido las batallas libradas para cambiar el rumbo de sus respectivas sociedades. Su derrota había significado, por eso, que muchas sociedades discurrieran por el lado malo de la historia. Esa opción reforzaba quizás sus simpatías por hombres como Mariátegui y Gramsci.

A la exposición de las ideas y a la sociología del conocimiento añadía el apunte biográfico y psicológico del autor. La biografía ayudaba a iluminar las ideas. Cuando carecía de referencias biográficas, se exasperaba, recorría el camino inverso y hacía hipótesis sobre la personalidad de un autor a partir de sus ideas. Tal era el caso de Eudocio Rabines. Conocía todas sus obras, pero no sabía casi nada de su vida. Por la lectura de ellas había llegado a la conclusión que Rabines era un combatiente muy inteligente, pero muy orgulloso y dogmático. Indagando sobre el personaje Rabines, el cholo Nieto, que lo conoció bien, le descifró el enigma mediante una anécdota contada en el mismo valle sagrado del Cusco. Cuenta Luis Nieto, con el sabor y la gracia que lo caracterizan y que lamentablemente no puedo reproducir aquí, que en 1948 encontró repentinamente a Eudocio Rabines en el Jirón de la Unión y le espetó a boca de jarro: ¡Hola Judocio!, ¿cómo estás? Rabines rechazó el apelativo, reprochó a Nieto su actitud semejante a la de los comunistas que lo trataban como apes-

\* "Soy hombre, por lo tanto nada de lo humano me es ajeno".

tado, pese a haber sido su fundador e inspirador, elogió, en cambio, la apertura y la acogida de la derecha que le había dado incluso la dirección de un periódico. Su perorata final remató en forma lapidaria: Además, cholo, yo no he nacido para ser ladrillo de las catedrales. Yo he nacido más bien para ser su artífice. Aricó contó que, cuando Rabines fue atropellado por un auto en Méjico, murió gritando: ¡Fueron los comunistas!

La última vez que vi a Pancho Aricó fue en los últimos meses del año pasado en el Seminario organizado por DESCO sobre el significado de lo popular en América Latina con motivo de la celebración de su 25 aniversario. Allí dijo muchas cosas inteligentes de las que me sentí, sin embargo, distante tanto como de las que dijo Pascal Allende. Aricó, a la inversa de Allende, ponía mucho énfasis en el discurso del orden institucional en América Latina aboliendo casi el discurso del sujeto popular y del cambio. Me pareció más justa la posición de Regis de Andrade que articulaba bien el discurso del sujeto y del cambio con el discurso de un nuevo orden institucional.

Frente a la crisis del comunismo y del marxismo y a las masivas deserciones de los intelectuales de izquierda, pensé siempre que Pancho Aricó estaba condenado a ser y a morir socialista. Aricó no era sólo él. Era también la cultura socialista de América Latina que contribuyó a forjar. Para cerciorarme le pregunté esta última vez que lo vi si seguía siendo marxista. Me contestó que el socialismo y la democracia eran una opción por las que valía la pena vivir y también morir.

## ■ Carta de José Aricó a Sinesio López J.,

Querido Sinesio:

No sé si felicitarte o no por la decisión de abandonar el periódico. ¿Será un resultado de una decisión personal, o de alguna trapisonda política a la que la izquierda se muestra tan proclive? Espero que sea lo primero, porque en tal caso estaría probablemente vinculada a esa permanente reclamación de tu alter ego, ese paciente, inteligente, abierto al descubrimiento y a las nuevas ideas, no-sectario, etc., etc., investigador que descubrí en Lima y que soportó con notable estoicismo, aunque también con burlona sonrisa dirigida a sus adláteres, mis irreverencias. Como verás por un epílogo que escribí a la segunda edición del *Marx y América Latina* que saldrá dentro de pocos días en México (editado por Alianza) estoy paradójicamente cada vez menos –y más– “marxista”. Apenas esté en la calle el libro te lo enviaré. Es un largo –quizás excesivamente largo– “discorrendo” con mi amigo Franco intentando mostrar por qué es demasiado apresurado tirar a Marx por la borda. Creo que mi etapa futura estará signada por un afán masoquista de no agradar a nadie, pero te confieso que mis frecuentes lecturas de Walter Benjamin me arrastran inconteniblemente a ubicarme en la difícil posición de “iconoclasta”, o “fracasado” en la acepción o mejor dicho en la calificación que inteligentemente Hanna Arendt da de este casi ignorado pensador. Si tu voca-

ción por la enseñanza y las lecturas se mantiene incólume te enviaré una fotocopia de un hermoso trabajo sobre Benjamin donde un fulano inteligentísimo que se llama Agamben (o algo así) demuestra, sobre la base de una lectura cuidadosa de Benjamin cómo el materialista-dialéctico o histórico (mejor no es el hada que con su varita mágica toca a la rana y la convierte en príncipe (o lo restituye a la condición de tal), sino la princesa que *sin saberlo*, por amor, o compasión, o lo que sea, [toca] a la rana y ésta sorpresivamente se transforma en príncipe. ¿Hermosa la imagen? Todo esto para mostrar que contra la opinión de Adorno, es Benjamin quien muestra, con profundo rigor filológico, que en Marx no hay la estructuración de la realidad social en “estructura” y “superestructura” que la vulgata marxista –y no sólo ésta– le asigna como paradigma esencial de su sistema científico. ¿He logrado interesarte?

No sé cuándo podré verte, pero me gustaría mucho poder conversar sobre éstas y muchas otras cosas. En una de esas resulta posible que consigas alguna institución que esté dispuesta a pagarme el pasaje para ir a visitarlos –ojo, no a trabajar–. Dudo que exista ese tipo de instituciones que coloque al diálogo y a la amistad como principio de la “rentabilidad” universitaria, o académica. Trataré de enviarte algunos nuevos libros, aunque según parece el camino utilizado no ha permitido que lleguen. Enviame la “joyita” que prometiste –el García Calderón– que siempre quise tener.

Hasta pronto y un gran abrazo.

## ■ Aricó,

por Carlos Franco

A pesar que la vida no ha hecho otra cosa que recordármelas en estos años, pretendí otra vez olvidar sus lecciones. Por ello escribí y reescribí estas semanas, empecinado por el afecto, iluso como siempre, sobre la inmensa ausencia de Pancho Aricó. Esta noche, sin embargo, debo rendirme a las triviales pero crueles evidencias: las palabras no pueden nada contra la muerte. Con ellas es posible todo, o casi todo, menos restituir la vida de la gente que uno ama. Y menos, mucho menos, las de los amigos que se van.

Lo que no pueden las palabras, lo puede la memoria y sus recuerdos. Y desde que Alberto me enteró de lo ocurrido, ¡qué no he hecho estos días! Desde el indefenso reproche al ausente por “hacerme esto”, al diálogo silencioso con María Teresa –su mujer– o los abrazos imaginarios pero entrañables al negro Porta, a Oscar Terán, a Oscarcito del Barco, al negro Tula, en fin a todos aquellos que en las sobremesas de las tardes o en las noches del vino celebramos, en ciudades ajenas, la íntima alegría de la amistad.

No sé si fue en la calle, en la mesa de un bar o en el vestíbulo de un hotel del Distrito Federal que conocí a Pancho Aricó, allá en los finales de la década de 1970. Lo que recuerdo con más precisión es que, a poco de iniciada la conversación –él desusadamente alegre,



yo evitativo como siempre— reconocimos nuestro secreto que era el mismo de los que compartíamos la mesa del recuerdo: éramos, para siempre, ex-comunistas. Acaso, porque en esos años, dejar de serlo era la única forma de continuar siéndolo.

Esa noche terminó, si recuerdo bien, reiterando lo que ya sabíamos o creíamos saber. Me refiero a esa ingenua convicción que nos decía que aquel que pasó con la mirada alerta y el corazón ilusionado por “el partido” sabía “todo” o “casi todo”. Creyentes de una fe laica y universal, los miembros de esa especie, en extinción en esos años, llevamos —nos decíamos— un estigma en el alma, una seña en el rostro que sólo se revela, avanzada la conversación —y sólo a los guardianes del secreto— por una cierta manera de mirar a los otros, de guardarse en los juicios, de restar en silencio. Acaso porque la opinión del “extraño”, en acto involuntario, pasa primero por el cedazo de la memoria o la zaga nostálgica de los recuerdos. Cuando el secreto fue revelado, él y yo supimos —como lo supieron Portantiero, Terán y Del Barco— que éramos amigos para siempre.

Pero ahora que lo pienso, creo que también me unía a Aricó cierto registro de la propia identidad, al menos, de aquella que se vincula, real o ilusoriamente, con el “lugar” del cual provenimos. Y no me refiero solo al “lugar social” sino al espacio geográfico y cultural en que se viven las experiencias primeras. Pancho era cordobés hasta el colmo de sus huesos y lo era siempre. No era tan sólo el tono de su acento sino esa marca indeleble que deja la provincia natal, la que se expresaba en sus irónicos comentarios a las costumbres de la capital y sus gentes, en su ambigua sensación de ajenidad a las modas de las ciudades en que vivió, en cierto gusto por las permanencias y el tiempo largo cuando la vida cotidiana se confabulaba en la rápida mudanza de sus apariencias. Probablemente por ello, Aricó concluyó reconociéndose como poblador de esa extraña capital del tiempo, en que todos habitamos sin saberlo, o como simple ciudadano de su imaginaria ciudad futura. Instalado allí, en los suburbios de la historia o en los predios de los hombres por venir, Pancho se construyó a su imagen y semejanza aprendiendo los secretos del magisterio humano que desplegara generoso a lo largo de su vida.

Pero si el lar natal lo preparó paradójicamente para la ciudad futura, fue el “lugar social” de sus mayores —otro de los signos de su identidad— el que parece explicar su opción vital por la igualdad entre los hombres o su sorprendente apertura a los problemas que estos sufren y crean. Fue entonces su tenacidad plebeya —advertida ya por Beatriz Sarlo— la savia fusionante no sólo de sus tareas intelectuales y políticas sino la que lo dispuso para esa larga e interminable revuelta, en que empeñó su vida, contra el desorden de la desigualdad.

Conciente como fue de los límites temporales de la vida personal y de la manera como ella es devorada por el largo tiempo de la historia, Aricó no hizo de ese conflicto un drama íntimo, a pesar que la experiencia de ese conflicto es, en muchos casos, el signo primero de la madurez. La aceptación de ese “hecho” pienso que fue la clave de sus maneras tranquilas, de su talante comprensivo y, por cierto, de la generosa parsimonia de sus juicios. Pero la misma aceptación de ese hecho, para otros trágico, fue la clave también de su humanísima



solidaridad con las gentes que conoció. Aricó sabía lo que acaso otros evitan reconocer o no terminan de aceptar y que es la sencilla verdad de los límites de la vida disponible y de la condición desguarnecida de los hombres en el horizonte de la historia. Hizo de esa verdad laica, por ello, el fundamento mismo de su actitud ante sí mismo, los otros y la época que le tocó vivir.

No se puede sin embargo aceptar esa verdad sin hacerse cargo de sus consecuencias. Y una de ellas es la inevitable admisión de que las realidades profundas ante las que nos rebelamos, o los problemas vitales, intelectuales o políticos que enfrentamos, a pesar de las diferencias con que los marca la época en que vivimos, han acompañado la vida de las generaciones que nos precedieron y seguirán acompañando las que nos sucederán en el tiempo. Y que es vana por tanto la pretensión de superarlos de modo definitivo, aunque esa ilusión provea el sentido íntimo de nuestra propia existencia. A juzgar por el recuerdo que tengo de nuestras conversaciones, a Aricó le acompañó ese sentimiento y acaso en él enraizó su interés por la historia. Por ello también, es decir, por la humanísima búsqueda de sí mismo en la trama de la historia, Pancho orientó su mirada hacia aquellos pensadores o políticos en cuyo espejo quería reconocerse.

Al encontrarse en ellos, Aricó confirmó sus intuiciones básicas, advirtió que otros hombres como él vivieron sus vidas en el pasado imantados por las mismas ilusiones que alentaron la suya y que por tanto otros hombres más tarde harían de su obra el espejo de sus propias vidas. De ese modo, Aricó intentó superar los límites temporales impuestos a su existencia. Se supo así continuador de los que lo precedieron y savia de los que vendrán. Y yo quiero creer esta noche que con esa íntima seguridad cerró los ojos para siempre.